

Mi
MAPA
de ti

¿EXISTE EL DESTINO
O EL AMOR?

Isabelle
Broom

Umbriel

Isabelle Broom

Mi mapa de ti

Umbriel Editores

Argentina • Chile • Colombia • Ecuador •
España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *My Map of You* Editor original: Penguin Random House UK

Traducción: Rosa Arruti

Esta es una obra de ficción. Todos los acontecimientos y diálogos, y todos los personajes, son fruto de la imaginación de la autora. Por lo demás, todo parecido con cualquier persona, viva o muerta, es puramente fortuito.

1.ª edición Mayo 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2016 by Isabelle Broom All Rights Reserved

© de la traducción 2019 by Rosa Arruti © 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieditores.com

ISBN: 978-84-17545-69-7

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para mamá

*Si callas la verdad y la entierras, acabará creciendo
y acumulará tal potencia explosiva que el día que re-
viente arrasará todo lo que esté en su camino.*

ÉMILE ZOLA

Prólogo

La niña pegó la barbilla a las rodillas y enterró los pies descalzos en la arena mojada. Una ola subió veloz por la orilla, deteniéndose a escasa distancia del cubo y la pala que le habían comprado sus padres esa mañana. Eran de color rojo para hacer juego con su nuevo traje de baño estampado con lunares blancos. Su hermana llevaba el mismo modelo pero de color azul; una tontería en opinión de Jenny pues todo el mundo sabía que el azul era color de niños, y los niños daban asco. Por otro lado, el rojo era el color que vestían las reinas, un color que no pasaba desapercibido. A Jenny le recordaba los buzones de su pueblo en Kent y la cabina telefónica de la esquina de su calle. Era su color favorito, desde luego.

Estirando las piernas ante ella, soltó una risita cuando el extremo espumoso de otra decidida ola le hizo cosquillas en las plantas de los pies. Veía a su hermana en la distancia, sujetando su propio cubo amarillo en una mano mientras empleaba la otra para recoger conchas. Era un poco absurdo lo que hacía, pensó Jenny, porque su madre jamás permitiría que esas cosas apestosas viajaran con ellos de regreso a Inglaterra.

Recordar su hogar la ponía un poco triste. No quería regresar a un lugar donde llovía a diario y las vacas se escapaban de los pastizales vecinos dejando grandes cacas planas en medio de la calle. Quería quedarse aquí en esta isla,

donde el sol centelleaba como polvo mágico sobre la superficie del mar y el calor en verano permitía tomar un helado de desayuno si te apetecía. Mientras observaba el mar en la distancia, se dio cuenta de que una de las islas que sobresalía en el agua era exacta a una tortuga. ¡Una isla tortuga!

—¡Sandy! —gritó poniéndose de pie llena de excitación—. ¡Mira! ¡Allí!

Para cuando alcanzó a su hermana, Sandra también había visto la isla y ya había hecho planes para convencer a sus padres de que alquilaran un barco y las llevaran allí.

—Creo que es el mejor lugar del mundo entero —le dijo a Jenny.

Su hermana le dedicó al instante la expresión más severa que sabía poner.

—No seas tan estúpida —la regañó.

Una leve brisa levantó en ese momento los mechones sueltos de la trenza de Sandy y se los echó por el rostro, y Jenny no pudo evitar soltar una risa al ver a su hermana con aquel aspecto de chiflada.

—Este es sin duda el mejor lugar del mundo entero —replicó, asegurándose de que el tono de su voz sonara inflexible, como su madre cada vez que se enfadaba—. Cuando sea mayor, vendré aquí y me quedaré a vivir para siempre.

—Yo también —dijo Sandy, cogiéndole la mano—. Podemos vivir juntas aquí.

1

La carta llegó un miércoles.

Era mayo, y Londres se esforzaba por dejar atrás los restos insistentes de un abril especialmente lluvioso. Las nubes grises esparcidas por el cielo como lana esquilada obligaban a los turistas a comprar ponchos de plástico a un precio excesivo en las tiendas de regalos que salpicaban las orillas del Támesis. Todo hacía pensar que iba a ser un día normal y corriente, destinado a pasar sin pena ni gloria, como una página en blanco en medio de una libreta por lo demás llena.

No obstante, con la llegada de la carta este día acabaría ascendiendo al primer puesto del grupo de jornadas excepcionales.

Holly esperó a que sus ojos se adaptaran poco a poco a la oscuridad. Sabía que era tarde porque el sonido del tráfico había decrecido en la calle. Tan solo algún autobús o camión aislado provocaba a su paso una vibración en las perchas del armario. Alguien lo denominaría la hora de las brujas, ese tramo entre las tres y la cinco de la madrugada en que la pura oscuridad engullía sin reparos ciudades y pueblos a su paso, filtrándose a través de agujeros, por debajo de las puertas.

Pero esto era Londres, y la oscuridad nunca era total. Mientras permanecía echada en silencio sobre las almoha-

das, apreciaba la luz mortecina de las farolas introduciendo sigilosamente los pálidos dedos por la rendija de las cortinas, estirándolos sobre la colcha hacia ella. Rupert se movió a su lado y el estampado amarillo se alteró y deformó. Había vuelto la cabeza, permitiéndole a Holly ver el contorno de sus labios carnosos y la oscura forma del cabello pegado caprichosamente a la frente.

No se había presentado en su piso hasta bien pasada la medianoche, dándole al timbre y canturreando chorradas por el interfono. Se había ido de copas con sus colegas de oficina como era habitual. Pero a ella no le importó; de hecho, se alegró de contar con aquella distracción cuando le vio subir tambaleante las escaleras para darle luego un torpe beso húmedo en la proximidad de su boca. Desde que Holly había vuelto del trabajo, sabía que aquella noche iba a costarle conciliar el sueño.

Hacía años que sufría temporadas de insomnio, desde antes de cumplir los veinte, y había acabado por considerarlo una criatura con vida propia, con su forma parecida a la de un gnomo encorvado sentado con las piernas cruzadas sobre su pecho, penetrando su piel con dedos de hielo y agarrándole el corazón. La causa del insomnio era la angustia, y el insomnio potenciaba su angustia..., un círculo vicioso mortificante y por lo visto interminable. Le había costado mucho librarse del problema la primera vez, pero ahora la criatura volvía a campar a sus anchas. Holly se sentía cada vez más frustrada y la tensión iba en aumento, hasta el punto que el cubrecama resultaba una carga asfixiante sobre su piel.

Rupert había empezado a babear un poco, una burbuja

de saliva se inflaba y desinflaba en la comisura de los labios separados. Holly notaba el revelador olor metálico a cerveza pasada de su aliento, así que prefirió darle la espalda, volviéndose hacia el bolso que descansaba en el suelo. El bolso que contenía la carta.

El peso metafórico de esa carta y lo que contenía era tal que ella casi esperaba verla resquebrajando las tablas del suelo bajo la alfombra, abriendo un orificio de desagüe en medio de Hackney por el cual Rupert y ella serían arrastrados hasta las alcantarillas inferiores. Distinguió el extremo del sobre sobresaliendo con un gris apagado en el dormitorio, y pensó en lo inocuo que le había parecido al verlo por primera vez, encajado entre una factura de gas y publicidad de pizzas baratas. Era uno de esos sobres con una ventana de plástico transparente, típico de bancos y hospitales, y su nombre y dirección impresos con claridad en la carta interior. Hasta que lo abrió no se percató del matasellos extranjero.

Tras leer las dos cartas y estudiar la foto que las acompañaba, Holly había permanecido sentada un largo rato, observando un agujero que se empezaba a formar en la colcha que cubría el viejo sofá. La había tejido ella misma unos años atrás, aunque ahora hacía mucho que no cogía las agujas de tejer, ni de hecho ningún otro utensilio de costura. Pero en ese momento experimentó una necesidad repentina de buscar aquel instrumental. Tras arrojar el contenido de la carta sobre la mesita de centro, empezó a hurgar en las cajas bajo su cama hasta encontrar lo necesario para zurcir el roto.

«Tú concéntrate en esto —se decía—. Ya te ocuparás de

la carta más tarde.»

Y funcionó, durante un rato. A Holly no le faltaban recursos a la hora de desviar la atención de los pensamientos en su cabeza. Había conseguido ocupar toda la velada en tareas peculiares, pero se le habían agotado las opciones justo cuando apareció Rupert en su puerta. Encantada con la idea de disponer de la bendición de otras pocas horas para procrastinar, le había recibido con una actitud más enérgica que de costumbre, y un Rupert ilusionado había respondido feliz a sus insinuaciones, aunque con menos finura de la habitual. Pero, ay..., era imposible que su borracho y decaído novio permaneciera despierto mucho rato, de modo que Holly volvió a encontrarse en la cama, incapaz de dormir y muerta de angustia.

Respiró hondo y cerró los ojos en un intento de concentrar los pensamientos en alguna otra cosa —cualquier cosa—, pero la carta acaparaba inevitablemente su atención.

Querida Holly

No me recordarás, pero pienso en ti cada día. Estaba presente cuando naciste...

—¡No! —soltó en voz alta, y se sobresaltó al oírse en la habitación silenciosa.

Rupert balbució algo ininteligible, reventando la burbuja de baba mientras se agitaba sobre la almohada. Holly contuvo el aliento deseando no despertarle. Él querría saber por qué estaba despierta y por qué tenía las mejillas empapadas de lágrimas, y ella aún no estaba preparada para ofrecer respuestas.

Esperó a que su respiración recuperara un ritmo regular antes de sacar un brazo de debajo de las colchas para coger el móvil de la mesilla. Eran las 4.45. Esperaría hasta las 5.30, entonces se levantaría y saldría a correr. Sí, una carrera la libraría del Gnomo del Insomnio y concentraría su mente en alguna otra cosa. Un poco reconfortada por aquel plan, Holly se relajó lo suficiente como para que se cerraran sus ojos y, por fin, milagrosamente, conciliar el sueño que le permitiera dormir.

La pesadilla empezaba siempre del mismo modo: con miedo.

Sabía que debía abrir la puerta y cruzar el umbral, pero también sabía que al hacerlo daría por concluida su vida familiar de siempre. Nunca conseguiría olvidar la escena que encontraría al otro lado de esa puerta, aunque nada iba a impedir que su yo soñado se aventurara a través del umbral. Justo cuando llevaba la mano hacia la manija, abrumada por el terror que se acumulaba en el fondo de su garganta como las colillas en un cenicero, la escena se moteaba y daba vueltas. De golpe tenía el mar ante ella, y había una forma distante en el horizonte...

Unas horas más tarde, Holly se hallaba ante la ventana del cuartito que daba a la calle, mirando la oscura y amenazadora nube que se abría paso hacia el centro de la ciudad. El sol de mayo libraba una batalla perdida contra aquella primavera obstinadamente deprimente, y todo parecía teñido de gris. Sus dedos sudorosos empezaron a arrugar el sobre que sujetaba con las manos. Desde algún lugar a su espalda, en la profundidad del piso, llegaban los berridos de Rupert versionando una canción de Springsteen mientras se daba una ducha. Por lo general eso dibujaba una sonrisa en su rostro, pero esta mañana no.

Si estás leyendo esto ahora, lamento decir que he fallecido...

Holly sacudió la cabeza. Había leído una sola vez la carta, pero las palabras por lo visto se habían enraizado en su subconsciente. Aunque cerrara los ojos, seguían resplandeciendo ahí sin tregua, como cuando un niño saca una bengala en una oscura noche de noviembre para escribir palabras en la negrura.

El agua dejó de correr en el baño y Holly oyó a Rupert sonándose la nariz. Como si fuera la señal esperada, los cielos se abrieron al otro lado del vidrio y la lluvia empezó a acibillar la ventana. Pegando la frente, observó en silencio mientras la respiración formaba una media luna de condensación en forma de riñón.

—¿Cariño? —Rupert permanecía de pie en el pasillo, cerca del dormitorio—. Mejor que espabiles... son casi las ocho.

¿Por qué había recibido esta puñetera carta ahora, cuando ya era demasiado tarde?

—Ya voy, cielo —canturreó ella, esforzándose por sonar normal.

Tras meter el sobre en el bolso para no verlo más, se apresuró a entrar descalza en el dormitorio y dedicó a su novio la sonrisa más convincente de la que fue capaz.

—Vuelve a llover —le dijo quitándose la bata y buscando una falda tubo.

—Deberíamos irnos unos días... a algún sitio con sol —dijo Rupert, deteniéndose un momento cuando pasaba para darle un achuchón cariñoso en la cintura—. Anoche los chicos hablaban de Ibiza..., parece que allí los clubs son la bomba.

—Mmm-mm —murmuró ella mientras se metía la blusa por dentro de la falda.

En su fuero interno no se le ocurría nada peor que una semana de visitas a clubs en las Baleares; tenía veintinueve años, no diecinueve.

—Qué sexy te queda esa falda —le dijo entonces Rupert.

La observaba en el espejo mientras aplicaba fijador a su lacio cabello rubio oscuro. A Holly le encantaba tener ese efecto sobre él. Incluso después de un año, con solo dedicarle una leve mirada, Rupert ya estaba quitándole la ropa. Sus miradas se encontraron en el espejo, y ella le dedicó una sonrisa. Cuando la observaba así, como en este momento, con los párpados caídos y los labios separados, Ho-